

Contribución a la crítica de la geometría política

Víctor Reynoso

GROSSO MODO, LAS PALABRAS sirven para dos cosas: para comunicarnos y para impedir la comunicación. Hay formas de comunicación no verbal, pero con ellas no se llega muy lejos en el plano de las ideas. Para comunicar ideas y sus contenidos las palabras son indispensables. Pero es claro también que un insulto, un sarcasmo, un simple adjetivo, son la mejor vía para concluir una comunicación, a veces de por vida.

Grosso modo, las palabras sirven para dos cosas: para pensar y para dejar de pensar. Quizá se pueda pensar sin ellas, pero no se llegará muy lejos. También son útiles para no pensar: un adjetivo, una etiqueta, un prejuicio, bastan para reducir a una persona, nación, grupo o evento, y es la mejor vía para dejar de pensar en eso que se descalifica.

Los términos izquierda, derecha, centro, ¿nos ayudan a comunicarnos, a tener el intercambio de ideas necesario para construir la buena sociedad hoy? ¿Nos ayudan a pensar nuestra realidad política y a mejorarla?

Estas preguntas pueden parecer extrañas, incluso sospechosas. Desde hace décadas se dice en ciertos ambientes que “cuando alguien niega la distinción entre izquierda y derecha, invariablemente es de derecha”. El dicho es un buen ejemplo de cómo se pueden usar las palabras para impedir comunicarnos y pensar. ¿Queda alguna posibilidad de diálogo después de una frase así? ¿Nos ayuda en el complejo camino de tratar de entender y explicar nuestra realidad?

La frase citada es síntoma de otras cosas. La más clara: la distinción implica una fuerte carga valorativa. Recuerdo un diálogo público con un destacado intelectual. Para él la izquierda representaba la justicia, la igualdad, el progreso, la paz, las mayorías... Es decir, todo lo bueno. La derecha para él representaba todo lo malo. Así, es normal que nadie se diga de derechas.

Esa valoración ha cambiado con las nuevas generaciones. Ahora hay jóvenes que con orgullo se dicen “de derecha”. Y argumentan caracterizando a la izquierda como demagógica, irresponsable, con pensamiento débil (los de izquierda se limitan a repetir lugares comunes políticamente correctos). Una caracterización que obviamente no ayuda al diálogo: un uso de las palabras para impedir la comunicación. ¿Ayuda al pensamiento? No lo creo.

Una primera crítica a la geometría política es pues que está muy cargada de valor y es maniquea. Pone (casi) todo lo bueno de un lado y todo lo malo del otro. Como todo maniqueísmo, es una vía eficaz para evitar el diálogo y la comprensión de la realidad. Una segunda crítica es que la distinción trata de sintetizar en una sola palabra un conjunto de cuestiones notablemente numerosos, complejo y contradictorio.

Tan sólo listar las cuestiones o dimensiones que pretende abarcar la geometría política abruma. A las ya mencionadas aquí (justicia, igualdad, progreso, paz, mayorías, demagogia, irresponsabilidad, pensamiento débil) se pueden añadir otras muchas: mercado-Estado; sindicatos-grandes empresas; religión-secularización; romanticismo sentimental-clasicismo racionalista; nacionalismo-universalismo; privilegios-equidad; cambio radical-cambio gradual; mayorías-minorías; moderación-extremismo; sociedades abiertas-sociedades cerradas; democracia-autocracia; aceptación de la realidad-lucha por los imposibles...

Si adjudicar los pares de las dimensiones (si no todos al menos los fundamentales) a los términos derecha-izquierda es complicado, cuestionable e incluso imposible, también se encuentran dificultades al interior de cada cuestión o dimensión: ¿Justicia distributiva o conmutativa? ¿Igualdad en las oportunidades o en los resultados? ¿En qué consiste

el progreso? ¿Son el mercado y el Estado excluyentes o más bien complementarios? ¿En qué proporción, en qué casos? ¿Toda aceptación de lo real es de derecha? ¿Debe la izquierda siempre “luchar por lo imposible”?

Además de que agrupar los temas relevantes de la política en dos posiciones implica negar una característica fundamental de éstos: en muchos casos constituyen dilemas. Avanzar en uno de los valores que plantean implica retroceder en otro. No hay una posición (izquierda o derecha) que pueda abarcar todo lo positivo, entre otras cosas porque avanzar en algún valor (la libertad) suele implicar retroceder en otro (la igualdad, para mencionar sólo el caso clásico).

Llama la atención que la presencia de los términos izquierda y derecha sea abundante en el lenguaje periodístico, y por supuesto en cierto lenguaje político, pero disminuya conforme se eleva el “nivel de abstracción”: es raro encontrarlo en obras sobre teoría política. Por ejemplo, en los textos sobre calidad de la democracia, el nuevo institucionalismo, o políticas públicas, la presencia de la geometría política es rara, secundaria, o de plano inexistente.

Lo que no parece ser una casualidad, ni un olvido de los teóricos. La geometría política es una sobresimplificación, muy útil cuando uno tiene que redactar una nota de un párrafo para una agencia periodística: “en las elecciones de tal país, el partido en el poder, el derechista ABC, fue derrotado por el izquierdista XYZ”. La brevedad exige simplificación. Cosa distinta cuando se argumenta que la estabilidad de las democracias depende en buena medida del nivel de institucionalización de un país, o que la calidad de la democracia tiene que ver con la rendición de cuentas, o que para el éxito de una política pública la definición del problema es fundamental...

Lo anterior puede explicar un error de base en uno de los principales libros sobre el tema: *Derecha e izquierda*, de Norberto Bobbio. Libro inteligente, admirablemente documentado, legible y relegible, tiene una falla sin embargo en su columna vertebral. Ante la objeción de que la distinción izquierda-derecha no es ni exhaustiva ni mutuamente excluyente, es decir, que ni abarca todos los temas importantes en la política contemporánea ni los plantea en polos claramente distintos, Bobbio responde que hay que mantener la distinción pues estas palabras siguen estando en el centro del debate político: las palabras izquierda y derecha siguen apareciendo abundantemente en los periódicos.

El mismo libro de Bobbio podría usarse como argumento contra la diada izquierda y derecha. El sabio turinés va mencionando tantas dimensiones fundamentales de la política (empezando por la distinción moderado-extremis-

ta, que pone de un lado a los socialistas liberales y a los demócratas como él y en el otro a comunistas y fascistas) no pueden ser incluidas en esa geometría.

Si es difícil agrupar todas las cuestiones políticas relevantes en dos polos, o en una línea entre dos polos, al interior de cada cuestión encontramos también múltiples problemas. No es lugar para repasar las distintas formas de igualdad, que en un extremo dan lugar a la igualdad de los esclavos, de los rebaños, de las arenas en la playa. Veamos un tema menos clásico, pero también con su importancia: la opción por los débiles.

Desde el punto de vista moral, o simplemente humano, es en ciertos casos una opción clara y obligada: apoyar al huérfano, al anciano, a las víctimas de la guerra o de la opresión. Pero no todos los débiles están en este caso. Una empresa o un grupo improductivos, no por causas impuestas sino por su propia incapacidad, no parecen ser dignas de apoyo. No todos los débiles son iguales.

Al respecto sigue siendo interesante la idea de hombre masa en Ortega y Gasset. Un término intraducible a otros idiomas, pues mientras masa se refiere en cuestiones sociales a multitud, muchedumbre (*mass* en inglés), el autor utiliza aquí el término para lo que no tiene forma, como esa mezcla de harina con agua que después dará lugar al pan (*dough*, en inglés). De ahí que el paradigma de hombre masa para Ortega sea el heredero, el “señorito satisfecho”, el “niño mimado” que ha recibido todo de sus antepasados, que exige todos los derechos y que se siente sin ninguna responsabilidad. Que no se esfuerza en enfrentar problemas, por lo que nunca adquiere forma: es el hombre-masa. Una forma de debilidad que atraviesa todas las clases sociales. ¿Es de izquierda o de derecha esta concepción?

Muchas otras cuestiones fundamentales en la política contemporánea no encajan en la diada de la geometría política: instituciones-caudillos, corrupción-rendición de cuentas, ética de la convicción-ética de la responsabilidad, eficiencia-ineficiencia en la resolución de los problemas públicos.

Claro que a veces de lo que se trata es precisamente de eso: no comunicarse o no entender. Es el caso de ciertas formas de militancia, de ciertas concepciones religiosas, de la lógica amigo-enemigo. Sólo hay que tenerlo claro, y no confundir estas actitudes con el análisis, la comprensión o el diálogo necesarios para construir la buena sociedad. •

VÍCTOR REYNOSO. Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Internacionales y Ciencia Política, Universidad de las Américas-Puebla. Contacto: vmra58@yahoo.com.mx